

el recién nacido no es bautizado está expuesto a la acción de maleficios, espíritus o brujos. Es por ello que mientras llega el momento es necesario proteger a la criatura con determinadas prescripciones que empiezan con el embarazo. No obstante éstas, el verdadero ritual lo constituye el bautismo cristiano con aditamentos mágicos, típicos de las religiones sincréticas. Con él se incorpora el individuo a la familia, a una sociedad y a una comunidad religiosa. El agua que conlleva el bautismo es el gran remedio purificador, que limpia y borra todo lo malo, y por tanto constituye un resguardo todopoderoso contra los «trabajos» de hechicería o la influencia de espíritus perversos.

En muchas ocasiones, en el campo dominicano, los padres llevan antes el bebé a una rezadora profesional o hechicera que le hará la ceremonia de la «primera agua», la cual consiste en rociar la cabeza de la criatura con agua o con una rama de albahaca que utiliza para hacer tres cruces en el cuerpo, de la cabeza al ombligo y desde el hombro derecho al izquierdo. Según se advierte, esto es sólo un paliativo temporal contra los males hasta que se le bautice, de acuerdo con la liturgia de la Iglesia.

Otro suceso de carácter social que viene a alterar la estabilidad de los individuos es el matrimonio. Los contrayentes cambian de estado, por lo tanto se deben a ciertos ritos propios de esta fase de la vida, en los que juega un papel más importante la mujer. En este caso también se siguen los ritos impuestos por la Iglesia, aunque en zonas rurales muy apartadas se practican otras ceremonias.

Una de estas costumbres es la «despedida de soltería» que consiste en que la novia pase un período de reclusión antes de contraer matrimonio. Una vez transcurrido ese tiempo, que suele ser de alrededor de quince días, la joven sale a recibir al novio.

Finalmente, la muerte constituye el cambio más radical y definitivo en la vida del individuo. Significa un estado de impureza y, por tanto, el ritual de la separación comienza antes del fallecimiento. En las áreas rurales, la noticia de la muerte de un vecino se divulga de boca en boca, y antaño, se avisaba mediante un fotuto, un instrumento de viento de sonido ronco y potente, utilizado por los aborígenes.

La costumbre dicta que el cadáver sea lavado y amortajado. Encima del cuerpo se coloca un crucifijo y, entrelazado en las manos, un rosario. Una condición previa es que las personas que amortajan el cadáver no pueden estar enfermas, pues en ese caso morirían. Por último, el cuerpo debe estar en el féretro siempre con los pies hacia el frente de la casa para impedir que el muerto se quede en ella.

El período del velatorio es considerado muy peligroso para las gentes que acuden, pues es creencia generalizada que el muerto se resiste a irse

solo e invita a sus familiares y amigos a acompañarlo. Para evitar esto, los presentes toman sus medidas y las de sus hijos pequeños con una cuerda que depositan en el ataúd. A los niños se les protege con un resguardo de dientes de ajo o les cuelgan al cuello una cruz hecha con tres cerillas.

Los familiares del muerto son considerados impuros y transmisores de algún posible hechizo y en ese caso se evita encontrarse con ellos, por lo que son encerrados en una habitación hasta el entierro. Sólo entonces se unirán al resto de la comunidad. Según esta lógica, las ropas negras de luto sirven para indicar que quienes las llevan están manchados, a diferencia de la ceremonia cristiana que indica la pena causada por la pérdida de un ser querido.

El ritual del entierro empieza cuando se saca el féretro por la puerta principal, siempre con los pies hacia delante. Si el entierro se detiene frente a una casa, sus habitantes tendrán que llenar de agua un recipiente y arrojarla en dirección al funeral cuando la marcha se reanude para alejar los malos espíritus o, según otras creencias, para que el muerto beba si tiene sed. La no observancia de estos ritos se considera pena de muerte. Además, los asistentes al sepelio deben arrojar un puñado de tierra en la fosa como protección contra los «asomos» del muerto. Todo esto responde a la creencia de que los espíritus o almas de los muertos vagan por la tierra durante los nueve días siguientes al entierro, antes de incorporarse al reino de los muertos.

En este tiempo se celebran diferentes ritos destinados a facilitar el tránsito del alma al otro mundo, que no se consigue por completo hasta el último día. Las ceremonias de los nueve días se efectúan alrededor de un altar improvisado con una mesa forrada con sábanas blancas sobre las que se coloca un rosario, una cruz, velas y, de forma opcional, algunas imágenes de santos. A veces se simboliza al muerto con una caja pequeña pintada de negro. Otra sábana blanca cubrirá la pared del fondo sobre la que se levanta el altar, que puede adornarse con hojas de naranjo. Además, se trazan cruces dentro y fuera de la casa con tintura de azul de añil para espantar los malos espíritus. Como se supone que debajo del altar se encuentra el alma del difunto, se pone un vaso de agua para que el muerto beba si tiene sed y una vela para que le ilumine el camino.

Estos nueve días después del entierro son considerados como un tribunal donde se juzga al fallecido y los asistentes eligen un santo padrino o abogado del difunto que generalmente es San Antonio. La ceremonia de los primeros ocho días se denomina «vela de ofrecimiento» y se rezan oraciones sacadas de un libro piadoso o inventadas por el rezador, una persona contratada para tal efecto, que gobierna la casa durante este tiempo.

En el noveno día se realizan los ritos denominados «funeral secundario». Son en realidad la ceremonia de despedida y «despacho» del muerto para que se incorpore definitivamente al otro mundo.

En esta ocasión, el altar suele ser más grande que el anterior, y se agregan más velas, una campana, flores y una rama de albahaca. Una vez que todo está listo se invoca al difunto para que ocupe su puesto debajo del altar. Los rezos en este noveno día duran entre seis y doce horas. Durante este tiempo, una persona llamada *miramuertos* observa el comportamiento del difunto, cosa que sólo él puede ver. Si se resiste a abandonar este mundo, lo azota con una vara corriendo tras él por toda la casa ante los espavientos de los presentes.

Una vez concluida la ceremonia, se abren las puertas y el *miramuertos* despide el espíritu del fallecido. Después se levanta el altar y todo termina con una abundante comida. Al año del fallecimiento, se realiza otro rito llamado «cabo de año», con música, comida y bebida, que alternan con bailes y rezos.

Si el difunto era un devoto del vodú, se celebran ceremonias especiales en el *humfo*. En algunas partes de Haití este funeral secundario termina con el rito llamado del *casser-nasari*, que consiste en romper una jarra en honor del difunto. Otra de las ceremonias más seguidas es el *bule-zin*, que se realiza al final del novenario y consiste en quemar una olla para que los espíritus de los muertos no perjudiquen con sus influencias malignas a sus allegados.

Las artes de brujería

No es un secreto que el mundo del vodú pertenece a la magia. Todo su universo conceptual y los ritos que en su nombre se practican responden a un objetivo: el brujo, es decir el *hungan* o *bokó* haitiano y el faculto dominicano buscan constantemente someter a los vodús para ejercer con ellos y sus poderes las artes de brujería.

Las fuerzas ocultas que actúan de forma caprichosa e imprevista se representan en tres modelos diferentes: son ellos los dioses (*luases* o *loas*), los espíritus de los muertos y la acción de los brujos. Según estas creencias sincréticas todo creyente busca la protección y la ayuda de sus dioses, lo cual tiene un precio, que generalmente se manifiesta a través de ofrendas. Toda negligencia ante esta obligación entraña un grave castigo, cuando el dios se posesiona del individuo y lo convierte en un enfermo. El único facultado para descifrar la causa del mal y diagnosticar su remedio es el *hungan* o hechicero, que mediante algunos «trabajos» le podrá devol-

ver la salud. No obstante si el enfermo muere, se interpreta como que la deidad no le perdonó.

Como en muchas culturas primitivas, en el vodú es general la creencia de que los muertos pueden provocar el mal mediante la posesión de los vivos o por intermedio de un brujo, en respuesta a un «trabajo» que encomienda otra persona. Éstos son los llamados «envíos» o «despachos», muy temidos, pues, según los creyentes, quienes los sufren pueden morir después de una larga agonía, a menos que logren ampararse en un hechicero más poderoso que el que provoca el mal, capaz de hacer que el espíritu del muerto abandone a su víctima.

Los brujos tienen otros procedimientos para hacer cumplir sus designios o hacer los encargos de hechicería por los que le pagan. El arma mágica más temida en el mundo de las religiones afroamericanas es el encantamiento llamado *guangá* o *uangá*, utilizado para provocar enfermedades y muertes a solicitud de otros individuos que contratan sus poderes.

La *guangá* es un amasijo de objetos y sustancias muy variados que incluyen uñas, pelos cortados, plumas, dientes, fetos, detritus y animales como culebras, sapos o murciélagos. Una de las sustancias más reconocidas por los brujos es la grasa humana, como es lógico, muy difícil de obtener, y de la que se encargan los llamados *sacasebos*, que llegan al asesinato. Otro ingrediente muy valorado es el polvo de huesos de cadáveres triturados que se mezcla con tierra extraída del cementerio.

Para que este maleficio sea eficaz hay que «arreglarlo» con determinados ritos, como el de prepararlo a la luz de la luna, que es la madrina de los brujos. La forma de hacer llegar la *guangá* a su destino es en forma de paquete que se coloca en las noches de los martes y viernes junto a la casa de la víctima. Si se advierte la presencia del maleficio, los creyentes y no creyentes, la retirarán con una escoba o con la mano izquierda, al tiempo que con la otra hacen la señal de la cruz.

De seres mágicos y transformaciones

Otro aspecto que se relaciona con el culto vodú son las creencias en los seres sobrenaturales. Así como en Europa existen las figuras del hombre lobo y Drácula, en Haití y República Dominicana temen las apariciones de los *galipotes*, unos brujos metamorfoseados en animales.

Al *galipote* se le atribuye una fuerza terrible y la inmunidad a las balas o al filo de los cuchillos. Para combatirlo es preciso utilizar el lomo de un arma blanca «arreglada» con magia y propinarles golpes con un palo en cruz cortado en Viernes Santo. Aseguran los voduistas que el hechicero se

transforma en *galipote* para cumplir el encargo de un cliente o perseguir a un enemigo.

Las brujas voladoras son una creación de la antigüedad clásica, retomada posteriormente por la Europa medieval. Entre los habitantes de Dominicana perduran muchas de estas creencias según las cuales las brujas acostumbran a desnudarse y friccionarse el cuerpo con un unguento hasta quitarse la piel, que después ponen en remojo y, mediante unos estridentes conjuros, levantan el vuelo.

Cuentan las leyendas que el alimento favorito de las brujas dominicanas es la sangre de los niños que extraen por el ombligo o el dedo gordo del pie, aunque existe un antídoto: si la critura está bautizada, la bruja vomitará la sangre. Por esta creencia, la gente del lugar atribuye los padecimientos de anemia en los niños a que son víctimas de las brujas.

Para espantar a las brujas es frecuente que se coloquen escobas hacia arriba y se esparza por el techo de las casas sal y granos de sésamo. Aseguran que estos granos las detienen, entreteniéndolas en recogerlos uno a uno y tardan más porque tienen las manos agujereadas.

Otro de los seres míticos de La Española son los *biembienes*, que viven en los bosques y serranías del sur de la isla. Esta leyenda surgió en el siglo pasado y parece basarse en los negros que escapaban al monte huyendo del régimen colonial. Los historiadores los describen como semi-salvajes que defendían su territorio dando gritos para espantar a los cazadores. A los *biembienes* se les atribuyen pies al revés, creencias que al parecer surgió con la costumbre de los esclavos prófugos de caminar hacia atrás para despistar a sus perseguidores.

El mito de las *ciguapas* parece tener origen en los aborígenes, los primeros pobladores de la isla. De acuerdo con la leyenda, este personaje es de corta estatura, con la piel dorada, los ojos negros y el cabello largo hasta las pantorrillas. Vive en las montañas, en las coronas de los árboles y se alimenta de los peces de los ríos, frutas y aves. Cuentan que por la noche acostumbra a bajar a las casas de los campesinos a robar sal, manteca y desenterrar los granos de los sembrados. Otra de sus características es que no habla, sólo emite aullidos y corre a gran velocidad. Cuando se la atrapa entristece hasta morir; como los *biembienes*, tiene los pies al revés.

Los creyentes del vodú reconocen a un espíritu maligno y terrible que protege las propiedades de su dueño con una apariencia animal: es el *bacá*. Se emplea para cuidar las casas, sembrados o el ganado y perseguir a los enemigos. A pesar de ser considerado como un ángel de la guarda para el que lo posee, puede volverse en su contra.

La compra de un *bacá* se efectúa de varias formas, aunque generalmente se hace un compromiso entre el espíritu y su dueño, con la obligación de

ofrecer al *bacá*, como alimento, un ser humano, preferentemente un integrante de la propia familia. Según la creencia, si la víctima ofrecida no se entrega en el plazo fijado, el *bacá* se volverá contra su dueño y lo devorará.

Pero sin duda, de todos estos seres el más conocido y temido es el *zombie* haitiano. Aseguran los voduistas que son muertos extraídos de sus sepulturas por un hechicero y resucitados a través de procedimientos mágicos para utilizarlos en algún trabajo, que ejecutan como autómatas en un sopor a medio camino entre la vida y la muerte.

Es característico de estos fantasmas su aire ausente, los ojos vidriosos y el habla susurrante. La creencia en los *zombies*, más extendida en Haití que en República Dominicana, recoge que, si éstos prueban una comida con sal, despiertan de su estado y se vengan de su propietario, matándolo y destruyendo sus bienes, para después regresar a su tumba. En Haití, afirman, que el hechicero pasa, por debajo de la nariz del que quiere convertir en *zombie*, una botella que contiene su alma capturada. En la República Dominicana a los individuos con apariencia de *zombie* se les llama «traspuestos».

Son leyendas, cosas de viejas, habladurías, aunque la verdad es que las tradiciones tienen virtudes sorprendentes: se prolongan más allá del tiempo que las vio surgir, se enredan en la memoria de las gentes y se convierten en hábitos legítimos, en forma de costumbres devotas, que adquieren categoría de leyes. Para el caribeño de hoy su mundo está hecho de mezclas maravillosas, de códigos aprendidos de memoria, de leyendas recuperadas, porque por encima del tiempo, la historia de América pesa mucho sobre el presente del hombre americano.

Silvia Caunedo